

SECCIÓN DE OBRAS DE SOCIOLOGÍA

---

EL RETORNO DEL PÉNDULO

Sobre psicoanálisis y el futuro del mundo líquido

ZYGMUNT BAUMAN  
GUSTAVO DESSAL

# EL RETORNO DEL PÉNDULO

*Sobre psicoanálisis y el futuro del mundo líquido*



Primera edición FCE Argentina, 2014  
Primera edición FCE España, 2014

---

Bauman, Zygmunt

El retorno del péndulo : sobre psicoanálisis y el futuro del mundo líquido / Zygmunt Bauman y Gustavo Dessal. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2014  
162 p. ; 21 x 14 cm - (Obras de sociología)

Traducido por: Lilia Mosconi  
ISBN 978-987-719-011-3

1. Psicoanálisis. Estudios. I. Gustavo Dessal II. Mosconi, Lilia, trad. III. Título

CDD 150.195

---

Coordinación y cuidado editorial:  
Juan Pablo Díaz Chorne y Marta Comesaña

Diseño de portada: Perricac Compañía Gráfica

© 2014, Zygmunt Bauman y Gustavo Dessal

D. R. © 2014, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.  
El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina  
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

D. R. © 2014, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ESPAÑA, S.L.  
Vía de los Poblados, 17, 4º - 15; 28033 Madrid  
www.fondodeculturaeconomica.es  
editor@fondodeculturaeconomica.es

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D.F.  
www.fondodeculturaeconomica.com  
Empresa certificada ISO 9001:2008

ISBN: 978-987-719-011-3

Comentarios y sugerencias: [editorial@fce.com.ar](mailto:editorial@fce.com.ar)

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra  
–incluido el diseño tipográfico y de portada–,  
sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico,  
sin el consentimiento por escrito del editor.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*  
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

## ÍNDICE

<i>Prólogo</i> , por Gustavo Dessal .....	9
Libertad y seguridad: un caso de <i>Hassliebe</i> [Zygmunt Bauman] ..	17
Comentario a «Libertad y seguridad: un caso de <i>Hassliebe</i> » [Gustavo Dessal].....	23
La civilización freudiana revisitada o ¿qué se supone que ocurrió con el principio de realidad? [Z. B.].....	29
Comentario a «La civilización freudiana revisitada o ¿qué se supone que ocurrió con el principio de realidad?» [G. D.] ..	55
El panel de Freud (respuesta al panel) [Z. B.].....	69
Comentario a «El panel de Freud» [G. D.] .....	83
Buscar en la moderna Atenas una respuesta a la pregunta de la antigua Jerusalén [Z. B.] .....	93
Comentario a «Buscar en la moderna Atenas una respuesta a la pregunta de la antigua Jerusalén» [G. D.] .....	131
<i>Correspondencia</i> .....	137

## PRÓLOGO

Este libro es el resultado de un feliz y raro encuentro.<sup>1</sup> Feliz, puesto que a partir del momento en que recibí la primera respuesta de Zygmunt Bauman a mi correo electrónico, tuve la impresión de que comenzaba a dialogar con alguien que no solo me resultaba familiar en su tono, sino que aceptaba mi interlocución con la encantadora naturalidad de quien ha alcanzado una sabiduría inusual. Y raro, porque en verdad no nos conocemos personalmente, sino a través de nuestra correspondencia e intercambio de textos. Este conocimiento es, sin duda, absolutamente asimétrico. Bauman es alguien que ha logrado un respeto intelectual planetario por todo aquello que ha aportado a la inmensa y difícil tarea de iluminar la vida humana. Mi nombre, tanto para él como para la mayoría de las personas, es desconocido. Y es precisamente el *des-interés* (en el sentido de Levinas) y la generosidad con la que el profesor Bauman ha pasado por alto esta asimetría, lo que produjo en mí una vivencia única. En nuestro breve intercambio, he tenido la oportunidad de revivir esa experiencia que la lógica

---

<sup>1</sup> Toda mi gratitud para Valeria Mastrangelo, de la Universidad Menéndez Pelayo, quien tuvo la inmensa generosidad de facilitarme la conexión con el Profesor Bauman. Sin duda, este libro le debe mucho a ella y al apoyo que me ha brindado.

de la vida líquida también ha disuelto: la cercanía del maestro, esa figura que durante siglos fue una referencia imprescindible en la aventura del saber, y que la hipermodernidad ha condenado al vertedero de los anacronismos.

En mi juventud, pude disfrutar de los últimos vestigios de ese vínculo por el cual la transmisión del saber es inconcebible sin la transferencia, un concepto que no solo es clave para comprender lo que sucede en un análisis, sino que Freud consideró como condición indispensable para la adquisición de un conocimiento. Hoy en día, la degradación del saber debe mucho a la decadencia del maestro. Un maestro no es simplemente aquel que detenta un saber. No es un experto, tal como acostumbramos a concebir en la actualidad a los representantes del saber. Un maestro es quien sabe conservar vivo el espíritu socrático de la pregunta, y su enseñanza consiste en darnos la mejor prueba de su amor: lograr que aprendamos la única lección magistral que nos pone en el camino de un saber verdadero, y que consiste en percatarnos de que ninguna palabra puede decir toda la verdad.

Tengo el defecto de exigir de un autor que su obra esté a la altura de ciertos principios éticos, por lo cual no me importa demasiado que Céline haya sido un admirable escritor, o que Heidegger haya escrito algunas de las páginas más importantes de la filosofía de occidente, lo cual está fuera de toda discusión. Creo reconocer en la obra de Zygmunt Bauman la reunión de una lúcida mirada sobre el movimiento del mundo, y una empatía sensible con el objeto de su estudio. Su escritura enlaza la rigurosidad del ensayo y la enunciación poética, y la suma de estos dos factores permite alojar el sufrimiento de los condenados del sistema, devolver la dignidad a los restos del discurso, recordarnos la existencia de los desechos de un sistema cuya ingeniería social se basa en la coartada del progreso

universal. Sea o no consciente de ello, Bauman se aproxima de este modo a una posición ética que es también la que el psicoanálisis sostiene: la de dar la palabra al sujeto verdadero, secuestrado por el silencio al que el paradigma científico-técnico lo condena sin contemplaciones.

El lector podrá observar, quizá con la misma curiosidad que experimenté al leerlo, que en un correo fechado el 30 de julio de 2012 el profesor Bauman se despide de mí con un sencillo «Love. Z». Al tratarse de una correspondencia que acababa de iniciarse entre dos personas, una de las cuales es un perfecto desconocido para el célebre sociólogo, esta expresión no podía menos que sorprenderme. Más aún, una muestra semejante de afecto sencillo y espontáneo me produjo un impacto que valoro tanto como el conjunto del material que Bauman me ofreció en sus documentos adjuntos. Tal vez ese amor sea su forma de hacer existir aquel *rostro* que Levinas afirma en el fondo de la condición del hombre. El amor solo se cotiza en la medida en que es puesto en circulación a cambio de nada, y se afirma cuando es capaz de renunciar al espejismo de la unidad con el otro. La valentía del amor se mide por su virtud para reconocer lo que en el otro se nos presenta bajo la forma de la diferencia, y aún así ser capaz de acoger esa otredad. Un amor despojado de las envolturas narcisistas exige una disposición a la contingencia del encuentro y una renuncia al fantasma de la completitud. Ignoro si el profesor Bauman se ha psicoanalizado, pero al menos puedo intuir que su obra refleja en este punto una posición que él mismo reconoce deudora de Levinas.

A medida que la lectura de *Amor líquido*<sup>2</sup> me fue llevando a sus restantes libros, advertí que la relación de Zygmunt Bauman

---

<sup>2</sup> BAUMAN, Z., *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Buenos Aires/Madrid, FCE, 2005.

con el psicoanálisis no podía establecerse solo a partir de las numerosas referencias a Freud, y en particular a su célebre libro *El malestar en la cultura*.<sup>3</sup> Resulta bastante evidente que Bauman ha transitado por la doctrina freudiana, y que ha rendido tributo al inmenso aporte que el psicoanálisis supuso para la comprensión de los fenómenos sociales. *Psicología de las masas*<sup>4</sup> no solo fue uno de los escritos más importantes del siglo pasado, sino que el siglo actual demuestra la vigorosa y renovada actualidad que mantiene. Pero más allá de citar a Freud entre los grandes pensadores, tengo la impresión de que Bauman se vale de una mirada *analítica* para abordar dichos fenómenos. En otras palabras, me atrevo a sugerir una importante comunidad entre el espíritu freudiano y el pensamiento de Zygmunt Bauman, caracterizados ambos por un escepticismo alerta y crítico frente a algunos de los valores máximos de la Ilustración: la creencia en la soberanía de la razón, la fe en el progreso y la veneración incondicional del saber científico. Desde luego, esto no equivale a decir que ambos autores no sean tributarios de la razón ilustrada, sino que buscan, cada uno a su manera, indagar en los puntos claves donde el logos hace síntoma, dando paso a lo impensado del saber, y mostrando los devastadores efectos producidos por el retorno de aquella parte de la verdad que el paradigma científico-técnico ataca, o sencillamente elige desconocer.

Como sabemos, el devenir mismo de la obra de Bauman desemboca en la producción de un significante que ha operado como una interpretación justa del estado actual de la civilización. El concepto de lo «líquido» es el significante con el que este autor va a cernir lo real de un mundo que ha quedado des-

---

<sup>3</sup> FREUD, S., *El malestar en la cultura*, Madrid, Alianza, 2010.

<sup>4</sup> FREUD, S., *Psicología de las masas*, Madrid, Alianza, 2010.



provisto de toda estructuración narrativa, y en el que cada sujeto debe reinventar su teogonía personal, o pagar el terrible precio del destierro al no-mundo, cada vez más habitado por seres condenados a la deshumanización y la indiferencia.

He creído percibir una resonancia entre el concepto de lo «líquido» y la predicción que Jacques Lacan aventuró como consecuencia de la caída de la «imago paterna», figura del discurso que, más allá de sus críticas o sus desaciertos, cumplió la función de ordenar y formalizar las piezas sueltas de la maquinaria humana. A la decadencia de Dios y del padre, le sigue la entronización de la técnica como instrumento de un liberalismo desnudo, desembarazado de sus clásicos disfraces morales e ideológicos. La nueva gobernanza así resultante ha diluido en su magma global todo aquello que se empeña en conservar su especificidad o su diferencia. Se podrá objetar a esta última afirmación que el estado líquido de la civilización es al mismo tiempo un caldo que admite el cultivo de formas alternativas de ser, de amar y de gozar. Pero no olvidemos que el discurso contemporáneo solo admite la diferencia en la medida que no comprometa ni enfrente los intereses del mercado. Solo a partir del momento en que la comunidad gay muestra su potencia en el concurso general del consumo, comienza a ser reconocida por el discurso dominante. De este modo, cualquier disimetría es bienvenida siempre y cuando se asimile a la normativización del sistema global, convirtiéndose así en un nuevo producto.

Existe otra resonancia que cabría destacar: el paradigma de lo «líquido» y lo que Freud denominaba la «desintrincación pulsional». A su modo, y con los instrumentos conceptuales propios del marco de su disciplina, Bauman es claramente sensible a esa dimensión humana que Freud exploró y teorizó con el nombre de «pulsión de muerte», y a la que definió como una

fuerza repetitiva y demoníaca. Lejos de buscar su fundamento en algún resto atávico o primitivo del instinto animal, Freud nos mostró que la pulsión de muerte debe reconocerse como un elemento que no solo no contradice la función del logos, sino que forma parte de su propio núcleo. La pulsión de muerte es uno de los conceptos centrales de la teoría analítica. Desconocerlo supone retirar de cualquier enfoque que pretenda una aproximación a lo real humano, tanto en el plano individual como colectivo, una parte sustancial de la subjetividad.

Freud estableció que la conducta, en el nivel de la historia y en el de la biografía singular, está regida por una dinámica de fuerzas en pugna: la lucha de *Eros* y *Thánatos*. El modo mitológico, incluso poético, con el cual Freud nos presenta su teoría, no debe hacernos caer en el error de pensar que se trata de una simple metáfora. La dialéctica entre *Eros* y *Thánatos* designa el hecho de que la condición humana está atravesada por la paradoja de que en ella reinan los deseos que promueven la vida, pero también la destrucción. Las pulsiones de vida y de muerte se anudan constituyendo una estructura de «intrincación», es decir, una estructura en la que los representantes de *Eros* (el amor y el deseo) deben establecer barreras y límites a la tendencia mortífera de la pulsión de muerte.

Bajo determinadas circunstancias, puede ocurrir que esa estructura de intrincación se «suelte», y el resultado sea lo que Freud denominó «desintrincación pulsional», es decir, el desprendimiento de la pulsión de muerte que, liberada de sus marcos de contención, puede imponerse hasta el extremo de la autodestrucción (como es el caso del suicidio melancólico) o la agresión criminal. Y si nos trasladamos al plano social, la desintrincación pulsional se reconoce en los efectos salvajes provocados por aquellos discursos que han promovido las distintas formas del odio, jamás ausentes en ningún periodo de la

historia, y que echan por tierra la ingenua asimilación entre el bien y la razón. En la actualidad, la forma más patente que adopta la desintrincación pulsional es la convergencia del discurso del capital y el discurso científico-técnico con el propósito de establecer el absolutismo de un modelo definitivo e imperecedero de la verdad.

La mensurabilidad general de la vida humana en todos los dominios se traduce en los innumerables síntomas que Zygmunt Bauman ha estudiado con la clave de su concepto de lo «líquido». El *amor líquido* significa mucho más que abordar los efectos que la hipermodernidad ha tenido sobre los lazos sociales. Designa, en mi opinión, algo que se halla en una aguda sintonía con la desintrincación pulsional considerada por Freud, es decir, el triunfo de Thánatos sobre Eros. La degradación líquida del amor es un grave síntoma de nuestra época, en que la acción corrosiva del discurso neoliberal encuentra cada vez menos obstáculos para convertirnos a cada uno de nosotros en mercancía.

La clínica psicoanalítica y la teoría social pueden encontrar afinidades de las que ambas resulten beneficiadas. Sin una perspectiva clara de las coordenadas de la época, el psicoanálisis podría descuidar las profundas transformaciones sociales que tocan los fundamentos de la civilización, generando nuevos síntomas a los que la clínica debe dar una respuesta que se distinga de los presupuestos policiales de la biopolítica. Y sin los conceptos psicoanalíticos del inconsciente, la pulsión, la lógica del significante y la teoría del goce, la sociología corre el riesgo de extraviarse en los atolladeros de la metafísica.

Percibo en la escueta afirmación que el profesor Bauman incluye en su correo del 30 de julio de 2012,\* al confesarme sus

---

\* Véase p. 150.

sospechas sobre el retorno del péndulo, la aguda mirada del astrónomo del espíritu humano anticipándonos algo cuyos signos apenas logramos vislumbrar en todos sus alcances. Lamento expresar mi desconfianza sobre el poder preventivo del conocimiento, pero aun así creo adivinar en este mensaje la recomendación de mantener los ojos bien abiertos. Si la historia no sigue exactamente la lógica del retorno nietzscheano, en cambio, ha dado pruebas suficientes de que su movimiento puede conducir a lo peor. No sabemos lo que esta vuelta del péndulo habrá de augurarnos, pero al menos hagamos votos para que, a su llegada, una lucidez sólida nos mantenga despiertos.

GUSTAVO DESSAL

LIBERTAD Y SEGURIDAD: UN CASO DE *HASSLIEBE*\*

ZYGUMUNT BAUMAN

«Estamos organizados de tal modo —escribió Sigmund Freud en 1929, sin que nadie lo haya contradicho seriamente desde entonces— que solo podemos gozar con intensidad del contraste, y muy poco de lo estable». Freud cita la opinión de Goethe en respaldo de la suya —«*Alles in der Welt läßt sich ertragen, / Nur nicht eine Reihe von schönen Tagen*»\*\*—, aunque hace la salvedad de que «tal vez sea una exageración». Mientras que el sufrimiento puede ser una condición perdurable e ininterrumpida, la felicidad, ese «goce intenso», apenas llega a percibirse como una vivencia momentánea, fugaz... que se experimenta de principio a fin en un instante cuando el sufrimiento se detiene. «Mucho menos difícil —sugiere Freud— nos resulta experimentar la desdicha».

La mayor parte del tiempo, entonces, sufrimos, y todo el tiempo nos acosa el temor al posible sufrimiento ocasionado

---

\* Conferencia magistral con motivo del ciclo «In Me, the Paradox of Liberty» [«En mí, la paradoja de la libertad»], 3 de mayo de 2012. Castrum Peregrini. Ámsterdam. *Hassliebe* se podría traducir como «una relación de amor-odio».

\*\* «Todo se soporta en esta vida / menos una sucesión de buenos días» [N. de la T.].

por las permanentes amenazas que sobrevuelan nuestro bienestar. Hay tres causas de las que tememos que descienda el sufrimiento: «la supremacía de la naturaleza, la fragilidad de nuestro cuerpo» (así como las de otros seres humanos) y —de manera más precisa, dado que creemos mucho más en la posibilidad de reformar y mejorar las relaciones humanas que en la de sojuzgar a la naturaleza y poner fin a las flaquezas del cuerpo humano— «la insuficiencia de las normas que regulan los vínculos recíprocos» entre los seres humanos «en la familia, el Estado y la sociedad». Puesto que el sufrimiento o el horror al sufrimiento son una compañía permanente en la vida, a nadie debe asombrar que el «proceso de la civilización» —la prolongada y tal vez interminable marcha hacia un modo de estar-en-el-mundo que sea más hospitalario y menos peligroso— se enfoque en localizar y obturar esas tres fuentes de la infelicidad humana. La guerra declarada al malestar humano en todas sus variedades se libra en los tres frentes. Mientras que en los primeros dos ya se han logrado numerosas victorias, que desarmaron y dejaron fuera de combate a cada vez más fuerzas enemigas, es en la tercera línea de batalla donde el destino de la guerra está empatado y el fin de las hostilidades resulta improbable. Para librar a los seres humanos de sus temores, la sociedad debe imponer restricciones a sus miembros, pero los hombres y las mujeres necesitan rebelarse contra esas restricciones para seguir avanzando en pos de la felicidad. No es posible regular la tercera fuente de sufrimiento humano hasta hacerla desaparecer. La interfaz entre la búsqueda de la felicidad individual y las condiciones inusurpables de la vida en común seguirá siendo por siempre un escenario de conflicto. Los impulsos instintivos de los seres humanos chocan indefectiblemente contra las exigencias de la civilización empeñada en combatir y vencer las causas del sufrimiento humano.

Es por eso que la civilización es una transacción, insiste Freud: para obtener algo de ella, los seres humanos tienen que renunciar a otra cosa. Tanto los bienes que se ganan como los que se entregan a cambio son sumamente valorados y deseados con fervor; de ahí que cada sucesiva fórmula de intercambio no sea más que un arreglo pasajero, el producto de una transacción que nunca es plenamente satisfactoria para ninguna de las partes de este antagonismo que arde sin llama a perpetuidad. La discordia amainaría si fuera posible atender al mismo tiempo los deseos individuales y las demandas sociales. Pero esto no ocurrirá. A fin de lograr una vida satisfactoria —o soportable, vivible, para ser más exactos—, son tan imprescindibles las libertades de actuar según los propios impulsos, urgencias, inclinaciones y deseos como las restricciones impuestas en aras de la seguridad, ya que una seguridad sin libertad equivaldría a esclavitud, mientras que una libertad sin seguridad desataría el caos, la desorientación y una perpetua incertidumbre que redundaría en impotencia para actuar resueltamente. Pero ambas son y permanecerán por siempre irreconciliables.

A partir de estas premisas, Freud llegó a la conclusión de que las aflicciones y los malestares psicológicos provienen en su mayoría de la renuncia a una considerable porción de libertad a cambio de un incremento en la seguridad. Esta libertad trunca es la víctima principal del «proceso civilizatorio», así como el mayor descontento, el más extendido, endémico a la vida civilizada. He ahí el veredicto que pronunció Freud, recordemos, en 1929. Me pregunto si esa conclusión habría salido ilesa en el caso de que Freud la emitiera hoy, más de ochenta años después... y lo dudo. Si bien se habrían mantenido las premisas (tanto las exigencias de la vida civilizada como el equipamiento instintivo de los seres humanos legado

por la evolución de la especie permanecen fijos durante largo tiempo y se presumen inmunes a los caprichos de la historia), es casi indudable que se habría revertido el veredicto...

Sí, claro, Freud habría repetido que la civilización implica una transacción: ganamos algo a costa de perder otra cosa. Pero todo indica que habría situado el origen de los malestares psicológicos, así como de los descontentos que estos engendran, en el extremo opuesto del espectro de valores. Habría llegado a la conclusión de que el descontento humano con el estado de las cosas deriva principalmente de haber renunciado a demasiada seguridad a cambio de una expansión inaudita de la libertad. Freud escribía en alemán, y el significado del concepto que usó, *Sicherheit*, requiere de tres palabras, a falta de una, para traducir su pleno sentido: certeza, seguridad y protección.\* La gran porción de *Sicherheit* que hemos cedido contiene la certeza respecto de lo que pudiera deparar el futuro y de los eventuales efectos de nuestras acciones; la seguridad de nuestras tareas vitales y nuestros lugares socialmente asignados, así como la protección frente al ataque a nuestro cuerpo y nuestras posesiones, que son su extensión. Pero la renuncia a la *Sicherheit* redundaba en *Unsicherheit*, una condición que no se somete tan fácilmente a la disección y el escrutinio anatómico: sus tres partes constitutivas promueven el mismo sufrimiento, la misma angustia y el mismo temor, de modo que resulta difícil señalar con exactitud cuáles son las causas genuinas del malestar experimentado. La ansiedad es fácilmente imputable a una causa equivocada, circunstancia que los políticos actuales

---

\* Bauman hace referencia a la traducción de *Sicherheit* al inglés, y menciona los sustantivos *certainty*, *security* y *safety*, que yo traduje respectivamente por «certeza», «seguridad» y «protección», por considerar que cubren campos semánticos más o menos equivalentes [N. de la T.].



en busca de apoyo electoral podrán aprovechar muy a menudo en beneficio propio, aun cuando no necesariamente ello redunde en beneficio de los votantes. De más está decir que los políticos prefieren adscribir el sufrimiento de sus votantes a causas que ellos puedan combatir ante los ojos del público (como cuando proponen endurecer las políticas de inmigración y asilo, o bien la deportación de extraños indeseables), antes que admitir la causa genuina de la incertidumbre, que no tienen la capacidad o la voluntad de combatir, ni la esperanza realista de vencer (como la inestabilidad del empleo, la flexibilidad de los mercados laborales, la amenaza del despido, la perspectiva de ajustar el presupuesto familiar, el nivel inmanejable del endeudamiento, la recurrente inquietud por el sustento para la vejez o la fragilidad general de las asociaciones y los lazos interhumanos).

Vivir en condiciones de incertidumbre prolongada o en apariencia incurable augura dos sensaciones similarmente humillantes: la de ignorancia (no saber lo que deparará el futuro) y la de impotencia (ser incapaz de influir en su rumbo). Y no cabe duda de que ambas son humillantes: en nuestra sociedad sumamente individualizada, donde se presume (contrafácticamente, por así decir) de que cada individuo carga con la plena responsabilidad de su destino en la vida, estas sensaciones dan a entender la incompetencia del afectado para abordar las tareas que otras personas, a todas luces más exitosas, parecen llevar a cabo gracias a su mayor destreza y empeño. La incompetencia sugiere inferioridad: y ser inferior ante la mirada de los demás es un doloroso golpe asestado a la autoestima, la dignidad personal y el valor de la autoafirmación. La depresión es hoy la dolencia psicológica más común. Asedia al creciente número de personas que en estos tiempos fueron incluidas en la categoría colectiva de «precariado»,

palabra acuñada a partir del concepto de «precariedad» en su denotación de incertidumbre existencial.

Hace cien años, la historia humana solía representarse como un relato sobre el progreso de la libertad. Ello implicaba, en gran medida a la manera de otros relatos populares semejantes, que la historia se orienta de forma sistemática en la misma e inalterada dirección. Los recientes cambios del humor público sugieren otra cosa. El «progreso histórico» hace pensar más en un péndulo que en una línea recta. En los tiempos de Freud y sus escritos, la cuita más común era el déficit de libertad; sus contemporáneos estaban dispuestos a renunciar a una porción considerable de su seguridad a cambio de que se eliminaran las restricciones impuestas a sus libertades. Y finalmente lo lograron. Ahora, sin embargo, se multiplican los indicios de que cada vez más gente cedería de buen grado parte de su libertad a cambio de emanciparse del aterrador espectro de la inseguridad existencial... ¿Estamos en presencia de un retorno del péndulo? Y si en efecto es así, ¿cuáles podrían ser las consecuencias?